

Los cafés nacieron en Viena

Un trujamán de origen armenio, que hizo de correo durante el segundo sitio de Viena por los turcos, fundó, según la leyenda, el primer café de la capital austriaca, donde esos establecimientos tienen vieja tradición.

Georg Franz Kolschitzky, que había trabajado de intérprete en la "compañía comercial oriental", se ofreció como voluntario durante el asedio turco de 1683 para salir de la ciudad y llevar un mensaje de petición de auxilio al duque Carlos de Lorena.

Disfrazado de musulmán, Kolschitzky consiguió atravesar el campamento de los sitiadores turcos y cumplir su misión, que sirvió para que los ejércitos cristianos del duque de Lorena y del rey polaco Jan Sobieski derrotaran al invasor islámico.

Como recompensa por sus servicios, Kolschitzky pidió quedarse, según la leyenda, con unos sacos de café que los turcos habían dejado abandonados en el campamento, y consiguió además que le dieran un viejo edificio en la ciudad, que había pertenecido a unos judíos hasta su expulsión de Viena en 1670.

Kolschitzky murió en la miseria en 1694, víctima de la tuberculosis, y hoy parece establecido como cierto que no fue él sino un comerciante armenio llamado Johannes Diodato o Deodat quien obtuvo la primera concesión para servir café como recompensa por sus labores de espía durante el mismo asedio turco a Viena.

A Diodato siguieron otros cuatro armenios, comerciantes como él, que recibieron otras tantas concesiones del emperador Leopoldo en 1799 y acabaron con el monopolio establecido por el primero, hasta el punto de que en 1747 había ya 11 establecimientos autorizados en la ciudad.

Unos años más tarde, en 1747, María Teresa de Austria puso fin a la guerra entre cafeteros y fabricantes de aguardiente, que se hacían mutuamente la competencia vendiendo unos el producto de los otros, y decretó la fusión de las dos asociaciones.

Ya en tiempos de aquella emperatriz comenzó la tradición, que aún se conserva, de poner en los cafés toda suerte de diarios a disposición del cliente, aunque María Teresa publicó

un decreto por el que se prohibían los periódicos y panfletos en los que se criticase a los poderes públicos.

El período reformista de José II, a finales del siglo XVIII, marca la "edad de oro" de los cafés vieneses, que surgen como hongos en la capital del Imperio Austrohúngaro, muchos de los cuales iban a servir de lugar de reunión a francmasones y, tras la revolución francesa, a jacobinos.

A mediados del siglo XIX había ya en Viena 88 cafés, 33 de los cuales estaban dentro de las murallas de la ciudad, y en ellos comenzó la tradición literaria que perduró hasta el período de entreguerras del siglo XX.

En algunos de esos cafés comenzaron a ejecutarse piezas musicales como polkas o vals para deleite del pueblo sencillo, y algunos grandes compositores como Mozart y luego Schubert los frecuentaban para escuchar música.

El llamado café-concierto tuvo su período de esplendor a mediados del siglo XIX, y a él está estrechamente asociada la dinastía de los Strauss, los reyes del vals.

La Exposición Universal de Viena de 1873, aunque ensombrecida por el derrumbamiento bursátil, contribuyó poderosamente a popularizar en todo el mundo el café vienés, que

Café con leche
Albert Anker
(Suiza, 1831-1910)





encontró pronto imitadores en otras ciudades cosmopolitas.

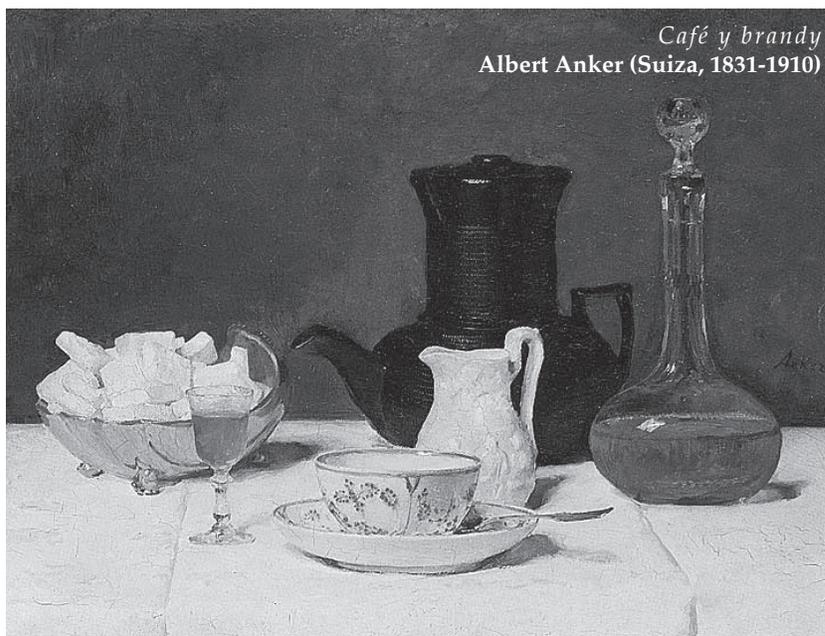
Por aquel entonces algunos cafés vieneses como el Griensteidl eran centro de reunión de los grandes literatos como Arthur Schnitzler, Hugo von Hofmannsthal, Karl Krauss o Richard Beer-Hofmann.

Cuando se cerró en 1897 el Griensteidl, literatos y bohemios se trasladaron al Central, donde León Trotski jugó más de una partida de ajedrez mientras se gestaba en Rusia la revolución.

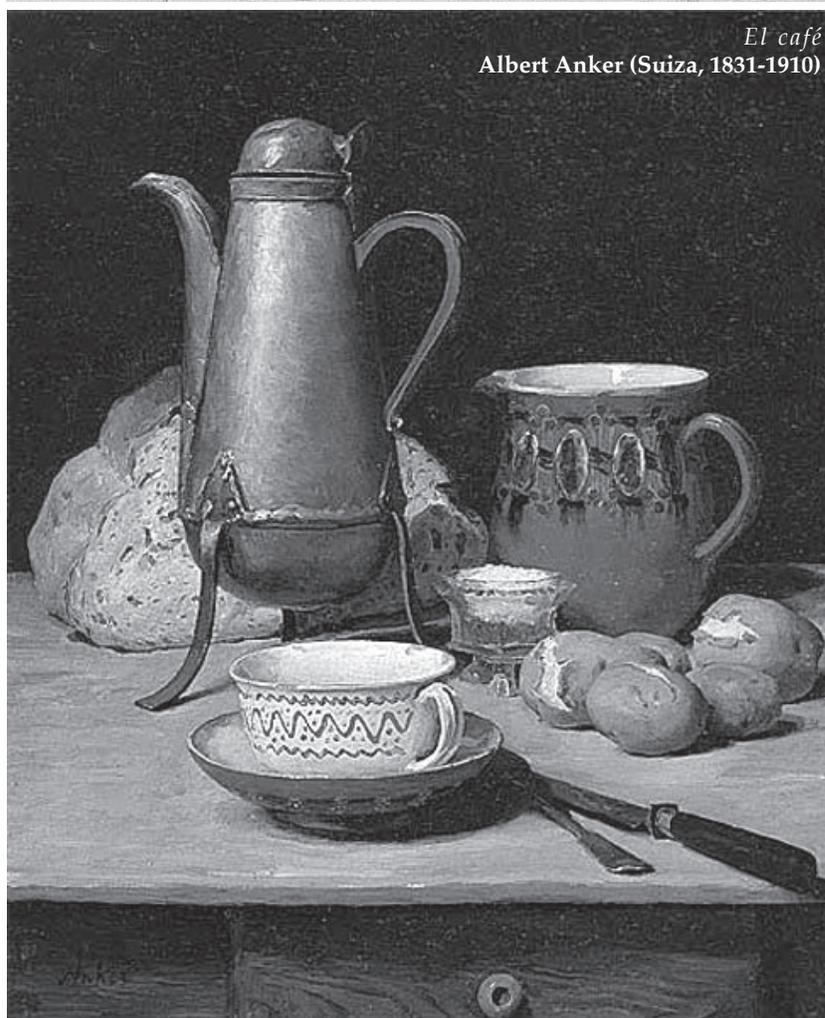
Vino más tarde la Primera Guerra Mundial y luego, a finales de los veinte, la crisis económica durante la que se cerraban tratos y negocios bajo la mesa.

La moda de las cafeterías con el "expresso" al estilo italiano prendió también aquí rápidamente a partir de los años cincuenta y sesenta, y el número de cafés vieneses tradicionales bajó de 934, en 1955, a 622 en 1965 mientras proliferaban las cafeterías de servicio rápido.

Sin embargo, desde entonces la tendencia se ha invertido, y el público vuelve a refugiarse, sobre todo en invierno, en el ambiente cálido y tranquilo del café tradicional, donde uno puede leer los diarios nacionales y extranjeros o charlar durante horas con los amigos ante una taza de café y el obligado vasito de agua. (Lemus.)



Café y brandy
Albert Anker (Suiza, 1831-1910)



El café
Albert Anker (Suiza, 1831-1910)

La CARICATURA

10¢

PROBLEMAS SINCRONIZADOS

*Ante lo que has ofrecido
cuanto mi esperanza crece
aunque es de todos sabido
que el ofrecer no empobrece*

*Pónganse a esperar hermanos
pero entre tanto yo argullo
que es bastante con dejar
a cada quien con lo suyo.*



A todo nos canta Si, pero no nos canta cuando.....

VADI

